

## «Americana en letra y espíritu»: la doctrina Monroe y el presidente McKinley en 1898<sup>1</sup>

SYLVIA L. HILTON

Departamento de Historia de América (UCM)

STEVE J. S. ICKRINGILL

Universidad del Ulster

Cuando en 1898 el Presidente McKinley decidió intervenir militarmente en la crisis colonial española, era un lugar común en España y en toda Europa afirmar que esta decisión era una manifestación más del monroísmo expansionista estadounidense<sup>2</sup>. Un periódico español, nada sospechoso de sesgo antiamericano, aseveró: «Ha venido ahora en auxilio de los insurrectos de Cuba el ensanche que se ha dado a la doctrina de Monroe... hoy se sostiene que América es para los americanos, y se debe, por lo tanto, expulsar de ella a la intrusa Europa. Por arrojarnos a nosotros se ha iniciado esta política»<sup>3</sup>. En el verano de 1896 el duque de Tetuán intentó obtener el apoyo de Europa, advirtiendo que

<sup>1</sup> Referencia de Proyecto de Investigación: DGES, PB96-0868.

<sup>2</sup> Para reacciones en España véase Sylvia L. Hilton, «La "nueva" Doctrina Monroe de 1895 y sus implicaciones para el Caribe español: algunas interpretaciones coetáneas españolas». *Anuario de Estudios Americanos*, LV-1, 1998, pp. 127-153. Sobre reacciones en Europa véase P. Bigelow, «The German Press and the United States». *North American Review*, January 1898, pp. 12-23; Louis M. Sears, «French Opinion of the Spanish American War». *Hispanic American Historical Review*, VII, 1927, pp. 25-44; James L. Whitehead, *French Reaction to American Imperialism, 1895-1908*. Tesis doctoral, Universidad de Pennsylvania, 1943; Dexter Perkins, *A History of the Monroe Doctrine*. Boston, Little, Brown & Co., 1955, pp. 186-209; Geoffrey Seed, «British Reactions to American Imperialism Reflected in Journals of Opinion, 1898-1900». *Political Science Quarterly*, LXXIII/2, 1958, pp. 254-272, y «British Views of American Policy in the Philippines Reflected in Journals of Opinion, 1898-1907». *Journal of American Studies*, 2/1, 1968, pp. 49-64; Ernest R. May, *Imperial Democracy: The Emergence of America As a Great Power*. New York, Harcourt, Brace & World, 1961, pp. 119, 128, 180-189, 205-06, 211; Josef Polisensky, «La guerra hispanocubanoamericana de 1898 y la opinión pública checa». *Historica* (Praga), 7, 1963, pp. 99-113; Antonio Melis, «El movimiento de solidaridad con la lucha de independencia de Cuba en Italia (1895-1898)». *Estudios Latinoamericanos* (Varsovia), 6/II, 1980, pp. 169-174; Paul Estrade, *La colonia cubana de París, 1895-1898: el combate patriótico de Betances y la solidaridad de los revolucionarios franceses*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984; Fernando García Sanz, «El contexto internacional de la guerra de Cuba: la percepción italiana del 98 español». *Estudios de Historia Social*, 44-48, 1988, pp. 295-310; y Sylvia L. Hilton y Steve J.S. Ickringill, eds., *European Perceptions of the Spanish-American War*. Bern, Peter Lang, 1998 [en prensa].

<sup>3</sup> «Don Federico Rubio», *El Nuevo Régimen*, 12 nov. 1898, 1/2-3.

en el conflicto cubano peligraban también los intereses coloniales y marítimos europeos, en vista de que la Doctrina Monroe era cada día más absorbente y expansiva<sup>4</sup>. Existen, igualmente, indicios de que hizo una interpretación similar parte de la prensa de Hispanoamérica, donde, aunque las opiniones populares sentían una natural simpatía hacia la lucha independentista cubana, las élites se debatían entre una nueva valoración de su hispanidad y sus crecientes recelos hacia el «Calibán» del norte<sup>5</sup>. En resumen, muchos si no la mayoría de los comentaristas de la política internacional habitualmente equiparaban Doctrina Monroe y vocación hegemónica de los Estados Unidos en las Américas; una percepción reforzada después por una historiografía que ha visto en los sucesos de 1898 el comienzo (al menos simbólico) del imperialismo estadounidense.

No obstante, la lectura de las declaraciones públicas del propio McKinley en torno al conflicto entre los Estados Unidos y España revela que, en realidad, no recurrió ni una sola vez a la Doctrina Monroe para explicar o justificar su política<sup>6</sup>. Es más, en la prensa estadounidense y en los debates del Congreso en torno al conflicto fueron también muy escasas las referencias al gran dogma americano en apoyo a la política gubernamental<sup>7</sup>. No hubo, pues, ningún es-

<sup>4</sup> Circular a las Potencias europeas, 28 julio 1896, cit. en George J. A. O'Toole, *The Spanish War: An American Epic-1898*. New York, W.W. Norton, 1986, pp. 70-71, y en John L. Offner, *An Unwanted War: The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992, p. 29.

<sup>5</sup> Véase Charmion C. Shelby, «Mexico and the Spanish-American War: Some Contemporary Expressions of Opinion», en *Essays in Mexican History*. Eds. T. E. Cotner y C. E. Castañeda. Austin, University of Texas Press, 1958, pp. 209-228; N. Ray Gilmore, «Mexico and the Spanish-American War». *Hispanic American Historical Review*, 43/4, 1963, pp. 511-525; M. Elena Rodríguez de Magis, «La revolución filipina en la prensa mexicana, 1898-1899». *Historia Mexicana*, 14/2, 1964, pp. 311-320; Sergio Guerra Vilaboy, «La revolución independentista de Cuba y la Guerra de 1898 desde la perspectiva de América Latina». *Contrastes. Revista de Historia Moderna* (Murcia), 7-8, 1991-93, pp. 65-79; Jorge L. Lizardi Pollock, «La guerra y sus imágenes. México y la representación gráfica de la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898», en *El 98 iberoamericano*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1998, pp. 69-86; Mónica Quijada, «Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano». *Hispania*, LVII/2/196, 1997, pp. 589-609.

<sup>6</sup> Las declaraciones públicas de McKinley se pueden consultar en numerosas obras. Véase por ejemplo Trumbull White. *United States in War with Spain and the History of Cuba*. Chicago-Philadelphia, International Publishing Co., 1898, pp. 46-47, 50, 56-57, 324-330, 525-526, 567-572; McKinley, *the People's Choice: Full Text of Each Speech or Address Made by Him from June 18 to.. [October] 1896*. Comp. Joseph P. Smith. Canton: Repository Press, 1896. 4 vols. *Speeches and Addresses of William McKinley: from March 1, 1897, to May 30, 1900*. New York, 1900; *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1898*. Washington, D.C., Government Printing Office, 1901, pp. 750-760, 904-908, 937-938; *The State of the Union Messages of the Presidents, 1790-1966*. Ed. Fred L. Israel. New York, Chelsea House Publishers, 1967, vol. II, pp. 1858-2011; Arthur S. Link and William M. Leary, eds., *The Diplomacy of World Power: The United States, 1889-1920*. s.l., Edward Arnold, 1970, pp. 15-32, 37-43, 396-397.

<sup>7</sup> Véase *Congressional Record containing the Proceedings and Debates of the 55th Congress, 1st, 2nd, 3rd Sessions*. Washington, D.C., Government Printing Office, 1899. También Dexter Perkins, *The Monroe Doctrine, 1867-1907*. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1937, pp. 264, 288, y 1955, p. 196; y George P. Atkins, «McKinley and Latin America», en P. E. Coletta, ed., *Threshold to American Internationalism. Essays on the Foreign Policies of William McKinley*. Jericho, NY, Exposition Press, 1970, p. 326.

fuerzo retórico sistemático para utilizar la Doctrina Monroe en justificación de la intervención de 1898.

Esta contradicción resulta sorprendente por varios motivos. En primer lugar, McKinley siempre ha sido considerado (tanto coetánea como historiográficamente) como un leal hombre de partido. La plataforma electoral republicana de 1896 apostó por un monroísmo amplio y agresivo, proponiendo el control estadounidense de las islas Hawaii y del proyectado canal interoceánico, y asociándolo en el mismo párrafo con sus sentimientos pro-cubanos: «Ratificamos la Doctrina Monroe en toda su extensión, y reafirmamos el derecho de los Estados Unidos a darle efecto en respuesta a la solicitud de cualquier Estado americano de una intervención amistosa en caso de intromisión europea.. Observamos con hondo y permanente interés las heroicas luchas de los patriotas cubanos contra la crueldad y la opresión.. Esperamos con ilusión la futura retirada de las potencias europeas de este hemisferio...»<sup>8</sup>.

Resulta sorprendente también, por cuanto el precursor inmediato de McKinley en la presidencia, así como su sucesor, tuvieron sonadas actuaciones en política exterior basadas en la Doctrina Monroe. En 1895 Grover Cleveland y su secretario de Estado Richard Olney habían causado un revuelo internacional al intervenir en la disputa anglo-venezolana sobre los límites de la Guyana británica, dando una nueva y muy discutida interpretación a la famosa Doctrina, según la cual los Estados Unidos podía intervenir en todos los conflictos sobre límites y otros asuntos que involucraban a los europeos en las Américas<sup>9</sup>. Por su parte, en 1904 Theodore Roosevelt volvió a extender el significado de la Doctrina, dando expresión definitiva a una noción que venía formándose, cuando menos, desde 1901: «La mala conducta crónica, o una impotencia que resulte en la relajación general de los lazos de la sociedad civilizada, puede en América, como en cualquier otro lugar, finalmente requerir la intervención de alguna nación civilizada, y en el Hemisferio Occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe podría forzar a los Estados Unidos, aunque con repugnancia, en casos flagrantes de tal conducta o impotencia, a ejercer una autoridad policial internacional»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> *National Party Platforms, 1840-1960*. Comp. K. H. Porter y B. Johnson. Urbana, University of Illinois Press, 1961, pp. 107-109. James A. Field, Jr. «American Imperialism: The “Worst Chapter” in Almost Any Book». *American Historical Review*, 83/3, 1978, p. 668, puede representar la interpretación tradicional de que se trataba esencialmente de una «política defensiva». En cambio, Walter LaFeber, *The Cambridge History of American Foreign Relations, Vol. II: The American Search for Opportunity, 1865-1915*. New York, Cambridge University Press, 1993, p. 127, sostiene que el monroísmo republicano de los años 1890 era agresivamente expansionista.

<sup>9</sup> Richard Olney a Thomas F. Bayard, 20 julio 1895, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1895*. Washington, D.C., Government Printing Office, 1896, I, pp. 545-562. Grover Cleveland, Mensaje especial al Congreso, 17 diciembre 1895, en *Messages and Papers of the Presidents, 1789-1897*. Ed. James D. Richardson. Washington, D.C., Government Printing Office, 1899, vol. VII, pp. 6087-97.

<sup>10</sup> T. Roosevelt, en su mensaje anual, 3 diciembre 1901, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1901, 1902*, pp. XXXVI-VII, advirtió que la Doctrina Monroe no pro-

Es decir, que la intervención de McKinley sucedió justo en medio de un período de importantes extensiones interpretativas de la Doctrina Monroe, concebidas precisamente para justificar las pretensiones aumentadas de intervencionismo estadounidense.

La sorpresa se ahonda aun más al comprobar que este silencio ejecutivo de 1898 se ha prolongado en la historiografía estadounidense. En efecto, la revisión de los estudios especializados sobre la presidencia de McKinley y sobre la guerra contra España revela otro silencio al menos tan significativo (en otro orden de consideraciones) como el primero. Las pocas menciones de la Doctrina Monroe se refieren a su utilización por Cleveland en 1895, como contexto histórico, pero sin establecer conexiones con la política de McKinley y la guerra de 1898<sup>11</sup>. Ernest May, quizás por ser el historiador estadounidense quien más se acercó a la opinión pública europea coetánea, representa el esfuerzo más sostenido, ya que no sistemático, por vincular la Doctrina Monroe y la intervención de Cleveland al problema cubano<sup>12</sup>. Este autor sugiere incluso que el mensaje de 17 de diciembre de 1895 de Cleveland quizá pretendiese ser «en parte una advertencia a las potencias europeas que pudiesen aliarse con España», una especulación original que no ha encontrado eco en otros autores<sup>13</sup>. En definitiva, sólo Dexter Perkins, cuyo objeto de estudio no era ni McKinley ni la guerra de 1898 sino precisamente la Doctrina Monroe, consideró lo suficientemente extraña la ausencia de referencias a ella en 1898, como para merecer una explicación. Ahora bien, un cotejo cuidadoso de las diferentes versiones de la obra de Perkins revela que este autor cambió sustancialmente tanto su actitud

---

tegería a ningún estado del castigo si fuese culpable de mala conducta. El corolario de Roosevelt, esbozado en mayo en respuesta a una crisis en la República Dominicana, se enunció en su cuarto mensaje anual, 6 diciembre 1904, en *The State of the Union Messages*, 1967, pp. 2134-35.

<sup>11</sup> Algunas obras especializadas que al menos mencionan la Doctrina Monroe son Walter Millis, *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. (1931) Chicago, Elephant Paperbacks, 1989, pp. 30, 56; Julius W. Pratt, *Expansionists of 1898. The Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1936, pp. 206, 208, 209, 212, 307, 350; Philip S. Foner, *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism, 1895-1902*. New York, Monthly Review, 1972, I, pp. 154-155, II, pp. 615-618, 622, 630; Daniel B. Schirmer, *Republic or Empire; American Resistance to the Philippine War*. Cambridge, Mass., Schenkman Publishing Co., 1972, p. 36; Gerald F. Linderman, *The Mirror of War: American Society and the Spanish American War*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 1974, p. 27; G. J. A. O'Toole, 1986, pp. 67-68; Lyman L. Johnson, «Presidential Leadership in Foreign Affairs: McKinley's Role in the Spanish-American War». *Boletín Americanista*, XXVIII/36, 1986, p. 57; Joseph Smith, *The Spanish-American War: Conflict in the Caribbean and the Pacific*. London, Longman, 1994, p. 267.

<sup>12</sup> Para un nuevo análisis de los puntos de conexión entre las intervenciones de 1895 y 1898, véase Sylvia L. Hilton y Steve J. S. Ickringill, «Cleveland and the Anglo-Venezuelan Dispute in 1895: A Prelude to McKinley's Intervention in the Spanish-Cuban War», en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño, eds., *Antes del "Desastre": Orígenes y Antecedentes de la crisis del '98*. Madrid, Universidad Complutense, Departamento de Historia Contemporánea, 1996, pp. 337-358.

<sup>13</sup> E. R. May, 1961, pp. 85-86. Otras menciones de la Doctrina Monroe, pp. 38-52, 59-60, 75, 90, 119, 128-129, 139, 148, 180, 264.

interpretativa general como su explicación de este caso concreto, por lo que entendemos que el enigma que descubrió sigue requiriendo atención<sup>14</sup>.

Antes de llegar a la presidencia, William McKinley alcanzó fama doméstica e internacional por su defensa de una política arancelaria proteccionista. Había mostrado muy poco interés por otros aspectos de la política exterior, aunque sí había destacado como promotor del panamericanismo a finales de los años 1880. Raramente mencionó la Doctrina Monroe<sup>15</sup>. Sin embargo, es muy significativo que en diciembre de 1895 manifestó para la prensa su aprobación del mensaje del presidente al Congreso, diciendo que la “nueva” interpretación «impone con fuerza y vigor la posición de los Estados Unidos en sus relaciones con las potencias europeas durante más de setenta años. Es americana en letra y espíritu, y su forma serena y desapasionada mantiene el honor de la nación y garantiza su seguridad»<sup>16</sup>. No cabe imaginar una declaración más rotunda de apoyo al “nuevo” monroísmo por parte del notoriamente cauto McKinley.

Por lo tanto, al asumir McKinley la dirección de la política exterior de los Estados Unidos, su compromiso con la Doctrina Monroe parecía garantizado por la trayectoria monroísta de los republicanos, por la defensa en su plataforma electoral de 1896 de una interpretación amplia de la Doctrina, por la caracterización del nuevo presidente como un leal hombre de partido, y por su propia declaración de 1895 en apoyo de Cleveland.

Claro está, si la Doctrina Monroe no era aplicable al caso cubano, no habría discusión. Ateniéndose a ella, los Estados Unidos no sólo había reconocido siempre la soberanía española en Cuba, sino que había estado vigilante para mantenerla, en el sentido de oponer su veto a cualquier amenaza de adquisición por otra potencia europea. En 1895-98 España no trataba de aumentar sus dominios coloniales en América, sino simplemente defender su soberanía, y por lo tanto la Doctrina Monroe, interpretada de modo estricto, no era aplicable como justificación de la intervención. Sin embargo, si algo caracterizaba la famosa Doctrina, era su adaptabilidad. La arbitrariedad en su aplicación práctica a lo

<sup>14</sup> El presente análisis es una elaboración revisada y más amplia de nuestro artículo «“Its Fiat Is Law”?: McKinley’s Strange Silence on the “Great American Dogma” in 1898». *Mythes et Représentations aux États-Unis: Normes et autorité*. Aix-en-Provence, Université de Provence, 1997, pp. 109-127.

<sup>15</sup> Paolo E. Coletta, «Prologue: William McKinley and the Conduct of United States Foreign Relations», y G. P. Atkins, en P. E. Coletta, ed., *Threshold to American Internationalism. Essays on the Foreign Policies of William McKinley*. Jericho, NY, Exposition Press, 1970, pp. 15, 23, 326-28.

<sup>16</sup> Citado en Lewis Gould, *The Spanish-American War and President McKinley*. Lawrence, University Press of Kansas, 1982, p. 9. Después de la ola de entusiasmo popular inicial, Cleveland fue duramente censurado por suscitar la horrorosa posibilidad de una guerra contra Inglaterra. Los republicanos tenían evidentes motivos partidistas para unirse al oprobio generalizado, pero Roosevelt, Lodge y otros optaron por continuar su apoyo al presidente, sin duda por motivos ideológicos. Véase la similitud del planteamiento Olney-Cleveland con el de Henry Cabot Lodge en su «England, Venezuela, and the Monroe Doctrine», *North American Review*, CLX, July 1895, pp. 651-658.

largo del siglo XIX, junto con la trayectoria de extensiones interpretativas, concebidas en diferentes momentos históricos para servir diversos intereses estadounidenses, son razones más que persuasivas para afirmar que no habría resultado en absoluto extraña la racionalización por McKinley de su intervención en el conflicto colonial español en virtud del popular dogma de Monroe<sup>17</sup>. Dejemos que Dexter Perkins lo exponga, tras señalar la «asombrosa» ausencia de referencias a la Doctrina en 1898: «Porque después de todo, *habría sido posible invocarla*.. Implícita en el lenguaje del Presidente Monroe había sido la idea de América para los americanos, implícita también una simpatía hacia las repúblicas que luchaban por su libertad; y además de todo esto siempre había la posibilidad de alegar que condiciones revueltas en cualquier colonia americana podrían dar una excusa para la malvada intervención de las Potencias sin escrúpulos del Viejo Mundo. *Se podría haber desarrollado un argumento atractivo si no irrefutable*..»<sup>18</sup>.

Como hemos visto, McKinley había sancionado la interpretación Olney-Cleveland de 1895, que afirmaba «que tres mil millas de océano interpuesto hacen que cualquier unión política permanente entre un estado europeo y uno americano es anormal e impropio»<sup>19</sup>, y sin duda, la lucha cubana era una oportunidad de oro para aproximarse a la meta de «la futura retirada de las potencias europeas de este hemisferio», trazada en la plataforma republicana de 1896. Incluso, un informe de comité del Senado, recomendando la intervención en Cuba, sugería que España estaba intentando una «recolonización» de la isla de Cuba, lo cual habría constituido una violación de la Doctrina Monroe<sup>20</sup>. Las instrucciones de McKinley a la comisión estadounidense en París, sin hacer mención expresa de la Doctrina Monroe, involucraban su esencia al afirmar que «el abandono por España del Hemisferio Occidental era una necesidad imperativa.»<sup>21</sup>. Ciertamente, su decisión de anexionar Puerto Rico y otras islas españolas del Caribe —que no habían dado ningún motivo para una intervención ni mucho menos para una ocupación militar—, se comprende bien desde la amplia óptica monroísta<sup>22</sup>. También, se podría haber aplicado sin dificultad al caso

<sup>17</sup> Sobre las extensiones de la Doctrina para abarcar los principios de «no-transferencia», «control estadounidense del canal», «acción preventiva», y otras modificaciones propuestas por diferentes presidentes, véase D. Perkins, 1955, pp. 150-170, 196.

<sup>18</sup> D. Perkins, 1937, p. 264, énfasis de los autores.

<sup>19</sup> R. Olney a T. F. Bayard, 20 julio 1895, cit.

<sup>20</sup> *Congressional Record*, 55th Congr., 2nd Session, 1899, p. 3774.

<sup>21</sup> W. McKinley, «Instrucciones a los comisionados para la paz, 16 septiembre 1898», en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1898, 1901*, pp. 904-908.

<sup>22</sup> J. L. Offner, 1992, p. 21, no menciona la Doctrina Monroe, pero parece sugerir esto mismo cuando dice que «los Estados Unidos expulsó a España y trabajó para excluir la influencia europea del Hemisferio Occidental», y también cuando arguye que la anexión de Puerto Rico, no siendo ni provocada ni necesaria ni justificada, sólo se puede explicar si el objetivo de McKinley era la expulsión total de España del Caribe. Conviene recordar que el presidente, en su mensaje anual de 1897, repetido en su mensaje especial al Congreso de 11 abril 1898, aseguró que «la anexión por la fuerza.. no se puede contemplar. Eso, por nuestro código moral, sería una agresión cri-

cubano el monroísmo de sello rooseveltiano, según el cual la «relajación generalizada de los lazos de la sociedad civilizada» en cualquier estado americano sería considerada causa suficiente para justificar una intervención estadounidense.

En definitiva, no cabe dudar de que McKinley podría haber adaptado la Doctrina Monroe a sus necesidades en 1898, y el momento histórico parecía no sólo adecuado sino positivamente favorable. Muchos dirigentes políticos estadounidenses, buscando movilizar el entusiasmo popular en apoyo de diversas aspiraciones políticas personales y de partido, han recurrido antes y después a la Doctrina Monroe, cuya difusa pero muy sentida simbología patriótica indudablemente tenía un alto valor retórico. McKinley era demasiado astuto para no considerar esta posibilidad. Por lo tanto, entendemos que su total omisión se debe no a un descuido sino a una decisión deliberada, cuya interpretación puede arrojar luz sobre el estilo de liderazgo de este presidente, tradicionalmente despreciado como débil pero quien, según la historiografía revisionista más reciente, reunía muchas cualidades que permiten caracterizarlo como el primer presidente moderno<sup>23</sup>.

Será muy interesante en este punto detenernos en la evolución historiográfica de Dexter Perkins. Desde su perspectiva de joven demócrata liberal, adoptó una actitud inicial bastante crítica ante la Doctrina Monroe. En su obra de 1937, al concluir su relación de las controversias causadas por la Doctrina a lo largo del siglo XIX, escribió «Era prudente, pues, en la correspondencia con Es-

---

minal...», W. McKinley, «Mensaje especial al Congreso, 11 abril 1898», en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1898, 1901*, pp. 750-760. Se refería a Cuba, pero sus palabras necesariamente debían aplicarse con más razón al inofensivo Puerto Rico.

<sup>23</sup> Las tendencias historiográficas sobre la personalidad de McKinley y su política exterior se analizan en Joseph A. Fry, «William McKinley and the Coming of the Spanish-American War: A Study of Besmirching and Redemption of an Historical Image». *Diplomatic History* III/1, 1979, pp. 77-97; John S. Latham, «President McKinley's Active-Positive Character: A Comparative Revision with Barber's Typology». *Presidential Studies Quarterly* 12/4, 1982, pp. 491-521; Lewis L. Gould, «Chocolate Éclair or Mandarin Manipulator? William McKinley, the Spanish-American War, and the Philippines. A Review Essay». *Ohio History* 94, 1985, pp. 182-187; Richard E. Welch, Jr., «William McKinley: Reluctant Warrior, Cautious Imperialist», en N.A. Graebner, ed., *Traditions and Values: American Diplomacy, 1865-1945*. Lanham, MD, 1985, pp. 29-52; Louis A. Perez, Jr., «The Meaning of the Maine: Causation and the Historiography of the Spanish-American War». *Pacific Historical Review* LVIII/3, 1989, pp. 293-322; Ephraim K. Smith, «William McKinley's Enduring Legacy: The Historiographical Debate on the Taking of the Philippine Islands». *Crucible of Empire: the Spanish-American War and Its Aftermath*. Ed. James C. Bradford. Annapolis, Naval Institute Press, 1993, pp. 205-249. Puesto que ninguno de estos aborda la historiografía no-estadounidense, véase también Sylvia L. Hilton, «Democracy Goes Imperial: Spanish Views on American Policy in 1898», en *Reflections on American Exceptionalism*. Ed. by David K. Adams y Cornelis A. van Minnen. Keele, Keele University Press/ Ryburn Publishing, 1994, pp. 97-128, y Sylvia L. Hilton and Steve J.S. Ickringill, «William McKinley and the Pacific: Spanish and British Interpretations. An Essay in Comparative History», en *Las relaciones internacionales en el Pacífico (siglos XVIII-XX): colonización, descolonización y encuentro cultural*. Ed. M.ª Dolores Elizalde. Madrid, C.S.I.C., 1997, pp. 317-357.

pañá, evitar toda referencia al dogma<sup>24</sup> americano; y era prudente, también, cuando llegó el fatídico día, y McKinley transmitió al Congreso el mensaje que condujo a la guerra, que aquí tampoco hubiese ninguna invocación de los principios de 1823»<sup>25</sup>. O sea, que Perkins pensaba que McKinley había silenciado *intencionadamente* la Doctrina Monroe como justificación de su política, porque consideraba que no sería *prudente* apelar a un principio americano tan polémico.

Sin embargo, al igual que otros historiadores de su generación, Perkins evolucionó hacia una actitud mucho más conservadora y defensiva, reflejando el realismo historiográfico prevalente durante la época de la Guerra Fría, y en su edición de 1955 omitió (un nuevo y deliberado silencio) esta sugerencia sobre la política de McKinley<sup>26</sup>. Lo podía haber incluido, pero el Perkins maduro se volvió más patriótico, más convencido de la influencia benéfica de los Estados Unidos en el mundo, y menos crítico con su objeto de estudio, el dogma mitificado como el más americano de todos. Ahora bien, su profesionalismo no le permitió silenciar el problema histórico del todo, porque le seguía pareciendo extraño el silencio de McKinley, así que ofreció otra interpretación, en el sentido de que no era *necesario* apelar a la Doctrina Monroe porque la intervención en el conflicto español tenía otras justificaciones bastante sólidas. Estas eran: seguridad nacional frente a una guerra crónica tan cerca de los Estados Unidos; repugnancia humanitaria ante las crueldades de la guerra; defensa de los intereses económicos americanos en Cuba; el deber de proteger a los ciudadanos americanos en Cuba<sup>27</sup>. Aun concediendo su muy discutida legitimidad respecto de Cuba, semejantes justificaciones eran manifiestamente irrelevantes para explicar las acciones conducentes a la adquisición de Puerto Rico, Guam, y las islas Filipinas. Por lo tanto, juzgamos que no se trataba simplemente de que no era *necesario* apelar a la Doctrina Monroe. Tampoco había sido *necesario* para Polk, Buchanan, Johnson, Grant, o Cleveland. Se trataba más bien de una decisión meditada de rechazo consciente, tras sopesar las previsibles ventajas e inconvenientes de un discurso monroísta.

El rechazo por McKinley del recurso a la Doctrina Monroe en 1898 se explica, creemos, fundamentalmente porque había otros tres motivos que desaconsejaban su utilización: su reconocimiento como norma de conducta era muy discutido en la opinión pública doméstica e internacional; carecía de utilidad táctica en la previsible lucha con el Congreso por la dirección de la polí-

<sup>24</sup> Dificil traducción de la palabra «shibboleth»: término, principio, conducta, u opinión cuyo uso o prohibición de uso identifica o delata la lealtad (nacional, religiosa, de partido, de secta, etc.); doctrina anticuada y generalmente abandonada, antes considerada esencial.

<sup>25</sup> D. Perkins, 1937, pp. 264-65.

<sup>26</sup> Véase Jerald A. Combs, *American Diplomatic History: Two Centuries of Changing Interpretations*. Berkeley, University of California Press, 1983, pp. 113-196, para un análisis general de la historiografía estadounidense entre 1918 y 1939; pp. 235-297, para la de la posguerra, y pp. 115, 175-177, 181, 188-89, 199-201, para sus comentarios sobre Perkins.

<sup>27</sup> D. Perkins, 1955, p. 196.

tica exterior; y podría comprometer la nueva cordialidad angloamericana y el importantísimo apoyo británico durante la guerra.

Cierto es que el problema del reconocimiento nunca había sido óbice en el pasado para que otros dirigentes apelasen al monroísmo con provecho nacional y personal. Desafortunadamente, los procesos contrapuestos de idealización y ensanchamiento de la Doctrina Monroe habían llegado a tal punto que la controversia estaba garantizada. Se vio claramente en 1895. El éxito diplomático real cosechado por Cleveland frente a Inglaterra se debió a la oportuna debilidad británica más que a la fuerza legal o moral del criterio monroísta, o a la voluntad de los Estados Unidos para imponerlo en ese caso. La historiografía tradicional ha tendido a mantener que el prestigio de la Doctrina Monroe salió fortalecido de esa crisis. Cara al consumo popular doméstico, es posible; pero cara al exterior, lo que quedó fortalecido era el respeto internacional al poderío estadounidense, al margen de la invalidez legal de la Doctrina, desautorizada en toda Europa como expresión de la aspiración estadounidense a ejercer una tutela en las Américas<sup>28</sup>. El resentimiento descargado contra la Doctrina Monroe en Europa y en algunos países iberoamericanos reflejaba el creciente temor que las clases dirigentes europeas sentían hacia los Estados Unidos, cuya nueva voluntad de ejercer como gran potencia fue percibida como una amenaza para sus posesiones coloniales, intereses económicos, instituciones monárquicas e ideología conservadora<sup>29</sup>.

Además, dentro de los propios Estados Unidos crecía el rechazo ante cualquier interpretación «ensanchada» del principio monroísta, tanto a raíz de la intervención de 1895, como en relación con la anexión de las islas Hawaii y, a partir del verano de 1898, en los debates suscitados en torno al futuro de las islas Filipinas<sup>30</sup>. Desde 1823, los liberales idealistas, tanto en los Estados Unidos

<sup>28</sup> La respuesta de Lord Salisbury a Olney, 26 noviembre 1895, cit. en Millis, (1931) 1989, p. 29, puede representar la opinión mayoritaria europea: «el derecho internacional está basado en el consentimiento general de las naciones; y ningún estadista, por eminente que sea, y ninguna nación, por poderosa que sea, es competente para insertar en el código del derecho internacional un principio nuevo que jamás fue reconocido antes, y que no ha sido aceptado por el gobierno de ningún otro país». Por su parte, James Bryce, «British Feeling on the Venezuelan Question», *North American Review*, CLXII/CCCCLXXI, feb. 1896, pp. 146-147, dijo que «la Doctrina Monroe tenía tanta relevancia para el caso anglovenezolano como un dogma teológico o una proposición matemática».

<sup>29</sup> L. M. Sears, 1927, pp. 25-44; D. Perkins, 1955, pp. 186-190; E. R. May, 1961, pp. 186-189; P. S. Foner, 1972, I, pp. 154-155, comentan la fuerte actitud crítica de 1895 en Francia, Alemania, Austria, España, Países Bajos y Rusia, además de en Gran Bretaña; y la hostilidad prevalente en México, Argentina y Chile.

<sup>30</sup> Véase Robert L. Beisner, *Twelve Against Empire: The Anti-Imperialists, 1865-1921*. Chicago, University of Chicago Press, 1968; Berkeley E. Tompkins, *Anti-Imperialism in the United States: the Great Debate, 1890-1920*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1970; Richard E. Welch, Jr., *Imperialists Versus Anti-Imperialists: The Debate over Expansionism in the 1890s*. Itasca, Ill., Peacock Publications, 1972; y Thomas J. Osborne, «*Empire Can Wait*»: *American Opposition to Hawaiian Annexation, 1893-1898*. Kent, Ohio, The Kent State University Press, 1981.

como en el resto del mundo euroamericano, venían mitificando la Doctrina, asociándola con anti-colonialismo, auto-determinación de los pueblos, anti-monarquismo, republicanism, americanismo, y valores democráticos. Esto, según sus defensores, era el sentido «original» y «genuino» de las palabras de Monroe. En 1898, fueron precisamente los anti-expansionistas quienes con mayor insistencia se apropiaban de la popular e idealizada Doctrina en su retórica de oposición a la política gubernamental.

Ahora bien, principales e indiscutidas características de la personalidad y del estilo político del pragmático McKinley eran la atención a la opinión pública y la búsqueda del consenso<sup>31</sup>. La Doctrina Monroe promovería la disensión a todos los niveles. Cara a la opinión internacional, frustraría el objeto declarado del presidente de asegurar que cualquier acción estadounidense en Cuba merecería «el apoyo y la aprobación del mundo civilizado»<sup>32</sup>, y además su mención tendería a dividir más que consensuar las opiniones políticas en los Estados Unidos, e incluso quizá dentro de su propio partido<sup>33</sup>. Por añadidura, en el caso de albergar intenciones anexionistas o expansionistas, la mención de la Doctrina Monroe podría resultar francamente embarazosa, pues las interpretaciones idealistas estorbarían cualquier proyecto de adquisición territorial<sup>34</sup>. En realidad, el silencio ejecutivo sobre la Doctrina podría interpretarse como un indicio indirecto de que la política de McKinley obedecía a móviles económicos premeditados<sup>35</sup>. George Gray, disintiendo de los demás miembros de la comisión estadounidense en París, claramente aludió a la Doctrina idealizada para oponerse a la anexión de las Filipinas, arguyendo que «sería con-

<sup>31</sup> Véase por ejemplo, W. Millis, (1931) 1989, p. 55; E. R. May, 1961, p. 159; G. F. Linderman, 1974, pp. 9, 17, 19; J.L. Offner, 1992, pp. 38, 224; W. LaFeber, 1993, pp. 140-144, 156.

<sup>32</sup> W. McKinley, «Primer mensaje anual, 6 diciembre 1897», en *The State of the Union Messages*, 1967, vol. II, p. 1869.

<sup>33</sup> Es pertinente al respecto este comentario de J. L. Offner, 1992, p. 224: «el presidente demócrata dividió su partido y perdió una elección; el republicano eligió un camino que unió su partido y estaba destinado a ganar la próxima elección».

<sup>34</sup> El imperialista Ethan Allen, partidario de la anexión de Cuba, creía que la Doctrina estaba ya anticuada y era una «ropa demasiado pequeña para cubrimos ahora», cit. por B. E. Tompkins, 1970, p. 71. No es extraño que los expansionistas evitasen expresar esta opinión, aun cuando la compartían.

<sup>35</sup> Para explicaciones económicas de la intervención de 1898, véase Scott Nearing y Joseph Freeman, *Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism*. New York, B. W. Huebsch, 1925; Nancy Lenore O'Connor, «The Spanish-American War: A Re-Evaluation». *Science and Society* 22, 1958, pp. 129-143; William A. Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*. 2nd ed. New York, Dell, 1962, repr. 1972, pp. 29-45, y *The Roots of the Modern American Empire: A Study of the Growth and Shaping of a Social Consciousness in a Marketplace Society*. New York, 1969; Walter LaFeber, *The New Empire: An Interpretation of American Expansionism, 1860-1898*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 1963, y «That "Splendid Little War" in Historical Perspective», *Texas Quarterly* XI/4, 1968, pp. 89-108; Thomas McCormick, «Insular Imperialism and the Open Door: The China Market and the Spanish-American War». *Pacific Historical Review*, XXXII, 1963, pp. 155-169, y *China Market: America's Quest for Informal Empire, 1893-1901*. Chicago, Quadrangle Books, 1967; D. B. Schirmer, 1972; P.S. Foner, 1972, especialmente I, pp. 208-229, 281-310.

trariar política continental aceptada de [nuestro] país, declarada y seguida a lo largo de nuestra historia.. y vergonzoso abandono de alta posición moral jactanciosamente asumida»<sup>36</sup>.

Dos datos concretos ayudan a centrar la actitud de McKinley en este aspecto. Por un lado, uno de sus asesores más influyentes era el profesor John Basset Moore, quien en estos momentos era uno de los más distinguidos especialistas estadounidenses de derecho internacional e historia diplomática. En diciembre de 1895, Moore había expresado serias reservas sobre las interpretaciones expansionistas de la Doctrina Monroe, temiendo que Cleveland (de quien, por otra parte, Moore era un firme partidario) hubiera lanzado a los Estados Unidos por «un camino que significa no sólo el abandono de todas nuestras tradiciones, sino también nuestra complicación en incontados conflictos»<sup>37</sup>. La importancia de la influencia de Moore en la administración de McKinley no se puede poner en duda. En 1898, sirvió como secretario de estado adjunto, y luego como secretario y asesor de la comisión estadounidense en la conferencia de paz de París. Es ineludible, por lo tanto, suponer que la interpretación conservadora de Moore reforzaría los otros motivos que tuviera McKinley para desaconsejar la utilización de la Doctrina Monroe como justificación en 1898<sup>38</sup>.

Por otro lado, más tarde, el secretario de guerra Elihu Root admitió que «la Doctrina Monroe no forma parte del derecho internacional y nunca ha sido reconocido por las naciones europeas», y para remediar ese defecto, concibió una enmienda a la constitución cubana que sería «una extensión de la Doctrina Monroe. Es la propia Doctrina como principio internacional». Su aceptación por los legisladores cubanos daría a los Estados Unidos un derecho legalmente reconocido, que no podía dar la Doctrina Monroe<sup>39</sup>. El decidido apoyo dado por McKinley a la enmienda Platt viene a confirmar que el Presidente era perfectamente consciente de la fragilidad de la Doctrina Monroe como base legal para una política intervencionista<sup>40</sup>.

<sup>36</sup> G. Gray a Hay, 25 octubre 1898, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1898, 1901*, pp. 934-935. Igual conclusión sacó Carl Schurz, «Thoughts on American Imperialism», *The Century Illustrated Monthly Magazine*, LVI, Sept. 1898, pp. 781-788, lamentando el abandono de la Doctrina Monroe.

<sup>37</sup> Citado en W. Millis, (1931), 1989, pp. 33-35. Véase también John B. Moore, *The Monroe Doctrine: Its Origin and Meaning*. New York, 1895, y «The Monroe Doctrine», *Political Science Quarterly*, XI, March 1896, pp. 1-29.

<sup>38</sup> En su contribución a *The Cambridge Modern History*. Cambridge, Cambridge University Press, 1903, vol. VII, p. 671, Moore dio una definición moderadamente «estricta» de la Doctrina, sin ofrecer ningún reconocimiento del corolario Olney de 1895 ni por supuesto de la nueva tendencia rooseveltiana. Justificó la intervención de 1898 sin recurrir a la Doctrina, en *The Principles of American Diplomacy*. New York-London, 1918, pp. 205-208, 438-439. Sobre Moore, véase Perkins, 1955, p. 179; Grenville y Young, 1966, pp. 147, 149; Combs, 1983, pp. 70, 82; Offner, 1992, p. 40.

<sup>39</sup> E. Root al General Wood, 9 enero 1901, en W. Millis, (1931) 1989, p. 262; y la defensa por Root del Artículo 3 de la Enmienda Platt, 25 y 26 abril, 1901, en P.S. Foner, 1972, II, pp. 615-618.

<sup>40</sup> James H. Hitchman, «The Platt Amendment Revisited: A Bibliographical Survey». *The Americas* XXIII/4, 1967, pp. 364-365, describe la enmienda como «una extensión legal de la Doc-

Atendiendo a un aspecto práctico y concreto de la vida política, en la continua lucha doméstica por parcelas de poder, McKinley sabía que una intervención en el conflicto colonial español requería una cuidadosa planificación táctica. El Congreso se venía mostrando muy celoso de sus prerrogativas en materia de política exterior y tratados internacionales. Sin ir más lejos, el Senado acababa de rechazar el tratado angloamericano de arbitraje, negociado con exquisito cuidado por Olney y el embajador británico Sir Julian Pauncefote a raíz de la crisis de 1895. Este tratado fue recibido con entusiasmo, no sólo en Gran Bretaña y los Estados Unidos sino en toda Europa, como un importante paso hacia el triunfo de métodos más civilizados para resolver disputas internacionales, y lo habían apoyado con firmeza tanto Cleveland como McKinley. Por tanto, su rechazo en el Senado fue una inesperada y amarga decepción<sup>41</sup>. Además, McKinley inauguró su primer mandato con un descalabro en estas lides. Haciendo honor a una promesa electoral y a su propio sentido del interés nacional, en 1897 presentó un tratado de anexión de Hawaii, que fue igualmente derrotado en el Senado. Sin duda, estos reveses fueron valiosas lecciones de política práctica que no olvidaría McKinley cuando se planteó la dirección de su política exterior.

A lo largo de su presidencia, McKinley mostró ser un tenaz defensor de las prerrogativas ejecutivas frente a las agresivas aspiraciones al control protagonizadas por el Congreso. Así pues, al planificar su intervención en el conflicto español, sabía que cualquier tratado se enfrentaría a una fuerte oposición en el Congreso; y más aun si era el resultado de una intervención militar emprendida en virtud de la conflictiva Doctrina Monroe, especialmente si ese tratado contemplaba adquisiciones territoriales o cualquier interferencia en la soberanía cubana por parte de los Estados Unidos<sup>42</sup>. Tiene sentido, pues, que procurase

---

trina Monroe», y dice que McKinley apoyó las ideas de Root, pidiendo a Platt que apadrinase el plan en el Congreso, aunque no asume la sugerencia de que fuera el propio McKinley el autor de la enmienda, que aventuran Charles G. Dawes, *A Journal of the McKinley Years*. Ed. B. N. Timmons. Chicago, 1950, p. 263, y Margaret Leech, *In the Days of McKinley*. New York, Harper & Row, 1959, pp. 182-188, 568-570, 667. El historiador cubano Manuel Márquez Sterling, quien sirvió como secretario de la comisión cubana que intentó negociar una fórmula menos ofensiva que la Enmienda Platt en 1901, también entendió y protestó contra este uso de la Doctrina Monroe para invalidar la independencia política de Cuba, en *Proceso histórico de la Enmienda Platt, 1897-1934*. La Habana, 1941, pp. 217-218. Véase también R. E. Welch, Jr., 1985, p. 44.

<sup>41</sup> Véase Richard B. Mowat, *The Life of Lord Pauncefote*. London, Constable & Co., 1929, pp. 163-167; Nelson M. Blake, «The Olney-Pauncefote Treaty of 1897». *American Historical Review* L, 1945, pp. 228-243; E. R. May, 1961, pp. 60-65; John A. S. Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy: The Close of the Nineteenth Century*. London, Athlone Press, 1964, pp. 70-73; Gerald G. Eggert, *Richard Olney: Evolution of a Statesman*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1974, p. 253; Charles S. Campbell, *The Transformation of American Foreign Relations, 1865-1900*. New York, Harper & Row, 1976, pp. 211, 220.

<sup>42</sup> El temor a ver mermada su capacidad de maniobra por mencionar la Doctrina no era baladí. R. Olney a su secretaria particular, la Srta. Shaw, 24 diciembre 1896, cit. por G. G. Eggert, 1974, p. 266, dijo: «Una vez que hubiéramos reconocido la independencia de Cuba, la Doctrina Monroe establecida hace poco por esta administración exigiría que inmediatamente declarásemos

evitar proporcionar «munición» dialéctica a los previsibles oponentes en el Senado, silenciando esa posible justificación monroísta<sup>43</sup>.

Por último, había que cuidar la nueva cordialidad entre los Estados Unidos y Gran Bretaña<sup>44</sup>. Después del breve susto de 1895, el acercamiento angloamericano se convirtió en un valioso recurso tanto para el manejo de la opinión pública, imbuida de anglosajonismo<sup>45</sup>, como para surcar las turbulentas aguas diplomáticas de una política intervencionista y expansionista en la era del alto imperialismo. No cabe duda de la importancia de la amistosa «neutralidad» británica en 1898. Cuando menos, le dio a McKinley la máxima libertad de acción para considerar sus opciones, tanto en el Caribe y Centroamérica como en el Pacífico<sup>46</sup>.

Ahora bien, aunque en 1895 el gobierno británico había aceptado la Doctrina Monroe implícitamente, de hecho no la había reconocido formal y explícitamente. Además, Inglaterra había cosechado fuertes críticas en Europa por ceder de forma egoísta ante la petulancia yanqui, y circuló ampliamente la impresión de que la “Pérfida Albión” había sido humillada. Por añadidura, la interpretación Olney-Cleveland ponía ofensivamente en entredicho el derecho británico de conservar sus posesiones americanas; un aspecto que se volvía especialmente sensible para el caso del Dominio del Canadá. McKinley era consciente de todo ello. En su mensaje anual de 1898 al Congreso, tras reconocer la nueva amistad an-

la guerra a España —para impedir su adquisición de territorio en este continente por la fuerza. Ni ésta ni la siguiente administración podría evitarlo— después de la fuerte posición tomada en el caso de Venezuela.»

<sup>43</sup> La preocupación era justificada. El tratado de París fue aprobado en el Senado por sólo un voto más de los dos tercios requeridos (57:27). Lodge admitió que fue «la lucha más difícil, más reñida que he conocido», citado en P. S. Foner, 1972, II, pp. 415-416.

<sup>44</sup> Sobre este acercamiento angloamericano, véase Alec E. Campbell, *Great Britain and the United States, 1898-1903*. London, Longmans, 1960; Charles S. Campbell, *From Revolution to Rapprochement: The United States and Great Britain, 1783-1900*. New York, Wiley, 1974; Bradford Perkins, *The Great Rapprochement: England and the United States, 1895-1914*. New York, Victor Gollancz, 1969; Stuart Anderson, *Race and Rapprochement: Anglo-Saxonism and Anglo-American Relations, 1895-1904*. East Brunswick, NJ, Associated University Presses, 1981; Marshall Bertram, *The Birth of Anglo-American Friendship: The Prime Facet of the Venezuelan Boundary Dispute*. Lanham, MD, University Press of America, 1992; W. LaFeber, 1993, pp. 121-126.

<sup>45</sup> E. R. May, 1961, p. 58, observó el efecto de la crisis de 1895 sobre la política doméstica estadounidense: «En el pasado, la anglofobia siempre había parecido rentable y relativamente segura. Eso ya no era verdad.»

<sup>46</sup> En los debates sobre el tratado de paz, el senador Wolcott (Colorado) subrayó el valor del apoyo británico a los Estados Unidos durante la guerra. Véase *Congressional Record, 55th Congress, 3rd Session*, 1899, p. 1450. Además de las obras ya citadas, sopesan la importancia del entendimiento anglo-americano en conexión con la guerra en Bertha A. Reuter, *Anglo-American Relations during the Spanish-American War*. New York, Macmillan, 1924; Luis M. Díaz Soler, «Relaciones anglo-españolas durante la guerra hispano-americana, 1895-1898». *Historia* (Río Piedras, P. R.) IV/2, 1954, pp. 131-149; Robert G. Neale, «British-American Relations During the Spanish-American War: Some Problems». *Historical Studies: Australia and New Zealand*, 6/21-4, 1954, pp. 72-89; G. Seed, 1958 y 1968; Rosario de la Torre, *Inglaterra y España en 1898*. Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense, 1988.

gloamericana, añadió significativamente «me dará especial satisfacción si quedo autorizado para comunicarles la conclusión favorable de las negociaciones pendientes con Gran Bretaña respecto del Dominio de Canadá»<sup>47</sup>.

Por otra parte, ciertos comentarios del discurso público de 1898 hacían gala de un monroísmo expansionista que cuestionaba no sólo las posesiones españolas en América sino también las británicas. Un autor afirmaba: «Nuestro pueblo tiene ahora una actitud expansiva y hay un sentimiento americano profundo y fuerte que se alegraría de ver la bandera británica, además de la española, expulsada de las Indias Occidentales»<sup>48</sup>. Sin duda, McKinley quería alejar cualquier sospecha de complicidad gubernamental con semejantes ideas. Por último, McKinley no podía dejar de pensar que una de las implicaciones principales del tratado de París sería la urgente necesidad de planificar la política americana en torno al futuro canal interoceánico, para lo cual habría que contar con el beneplácito británico. Por varios motivos, pues, volver a restregar la Doctrina Monroe en las narices británicas en 1898, además de herir susceptibilidades, habría sido muy poco diplomático y potencialmente costoso para los intereses estadounidenses.

## CONCLUSIONES

La notoria reticencia política del enigmático William McKinley ha dado lugar a un debate historiográfico, no resuelto aún, sobre sus motivos y objetivos «reales» y sobre sus cualidades de liderazgo. Sin embargo, existen relativamente pocas fuentes primarias, directamente vinculadas a este personaje, que positivamente arrojen alguna luz sobre sus decisiones políticas. La descripción que hace un autor de su estilo presidencial resulta elocuente: «McKinley vio las circunlocuciones ambiguas y la afectación pública de indecisión como armas útiles, y como verdaderas virtudes la tortuosidad y el secretismo»<sup>49</sup>.

Sobre el modo de enfocar una investigación histórica, James Field sugirió que «se debería dar más atención a la evidencia negativa del tipo que comprendía Holmes pero no el poco imaginativo inspector Gregory»<sup>50</sup>. La omisión

<sup>47</sup> W. McKinley, Segundo mensaje anual, 5 diciembre 1898, en *Messages and Papers of the Presidents*, 1899, vol. 10, p. 184.

<sup>48</sup> *Journal of Commerce and Commercial Bulletin* (New York) 25 agosto 1898, en Julius W. Pratt, «American Business and the Spanish-American War». *Hispanic American Historical Review*, XIV, 1934, p. 198. Pratt advierte el interés estadounidense en adquirir todas las islas británicas del Caribe, así como la sugerencia de Lodge de que los Estados Unidos deberían tomar todo el archipiélago filipino, conservar sólo Luzón, y dar el resto a Gran Bretaña «a cambio de las Bahamas y Jamaica y las islas danesas, que creo que tendríamos derecho de pedirle que compre para entregármolas». *Commercial* (New York) 12 mayo 1898, y Lodge a Day, 11 agosto 1898, en Department of State, *Misc. Letters*, agosto 1898, II. Sobre la inquietud ante la posible adquisición alemana de islas o bases en el Caribe, véase D. Perkins, 1955, pp. 208-210.

<sup>49</sup> R. E. Welch, Jr., 1985, p. 32.

<sup>50</sup> J. A. Field, Jr., 1978, p. 683.

por McKinley de cualquier mención de la Doctrina Monroe en 1898 constituye un buen ejemplo de «evidencia negativa» que, en vista de las deficiencias de la evidencia «positiva», ofrece otra vía de indagación.

McKinley era un expansionista pragmático. Apoyó la anexión de Hawaiki, la idea de un canal interoceánico controlado por los Estados Unidos, la adquisición de Puerto Rico, otras islas caribeñas, Guam y las Filipinas, y la imposición de un derecho legal de intervenir en Cuba<sup>51</sup>. Para tales proyectos, el monroísmo «estricto» sería una rémora. En cambio, cualquier recurso al monroísmo «ensanchado» le habría expuesto a acusaciones de premeditación y hegemonismo, debilitando su estrategia de *aparentar* que se movía forzado a cada paso por acontecimientos imprevistos y presiones de la opinión popular, la prensa y el Congreso. Aun si McKinley hubiera estado inicialmente indeciso sobre qué camino seguir, su preferencia temperamental y su experiencia política le habrían aconsejado no echar leña innecesariamente al debate estéril y potencialmente peligroso sobre la correcta interpretación de una doctrina que carecía de verdadero valor legal. Por lo tanto, creemos que se inhibió deliberadamente de apelar a la Doctrina Monroe para justificar sus decisiones de 1898, porque daba prioridad máxima a la búsqueda del consenso, y sabía que la Doctrina sería motivo de discordia: en el Congreso, en el partido republicano, en la nación y en la esfera de la opinión internacional. Sería, además, un embarazo para la nueva e importante cordialidad angloamericana, y un posible estorbo para su propia libertad de acción y el logro de sus objetivos en esta intervención.

---

<sup>51</sup> Es irrelevante para nuestros propósitos el debate sobre si este expansionismo era renuente o decidido, impulsado fundamentalmente por móviles políticos o económicos.